

Los “jardins ouvriers” franceses como precedente de los actuales huertos urbanos

Dominique Legrain y Denis Clavreul

Los huertos urbanos son hoy un fenómeno social a través del cual la agricultura se integra en el paisaje de nuestras ciudades. Además de sus fines recreativos y de ocio, los huertos urbanos realizan también labores terapéuticas para determinados sectores de la población, y son lugares de expansión para las personas que en su etapa de jubilación recuperan su vínculo con la tierra. Hemos rescatado para nuestro Anuario el texto introductorio del libro de acuarelas *Jardins Ouvriers*, escrito por Domini-

que Legrain. El libro forma parte de la colección “Carrés de Jardins”, publicada por la editorial Gallimard entre 2005 y 2009. Las acuarelas son de Denis Clavreul, y han sido pintadas en su estudio de Nantes, situado justo al lado de una antigua estación de ferrocarril, en cuyos terrenos hay huertos donde trabajan personas jubiladas de la compañía ferroviaria francesa (SNCF), que reciben el calificativo de “les cheminots”. En el texto que hemos seleccionado para el Anuario se hace una breve contextualización histórica sobre el origen de los “jardins ouvriers”, una experiencia anclada en la segunda mitad del siglo XIX y primera del siglo XX, pero en los que puede verse el antecedente de nuestros actuales “huertos urbanos”.



El contexto histórico

Los “jardins ouvriers” (huertos obreros) surgen en Francia a final del siglo XIX como resultado de la toma de conciencia sobre la miseria de la clase trabajadora por parte de algunos clérigos comprometidos con la solución de los problemas sociales. La creación de estos huertos tuvo lugar en un contexto caracterizado por varios factores: el comienzo de las grandes oleadas de éxodo rural; el rápido desarrollo del proceso de industrialización, y el deterioro, hasta límites intolerables, de las condiciones de vida del nuevo proletariado urbano e industrial.

En ese contexto se combinaban tanto las acciones violentas de protesta como las acciones reivindicativas y los programas asistenciales dirigidos a la mejora de la situación de los trabajadores. Entre las acciones violentas destacan los hechos luctuosos del 1 de mayo de 1891, cuando dos compañías de infantería reprimen con dureza y por orden de la prefectura una revuelta obrera en Fourmies (Pas-de-Calais), arrojando un balance de nueve muertos (ocho de ellos adolescentes) y numerosos heridos, y causando un impacto considerable en la opinión pública.

Entre las acciones asistenciales cabe señalar las del clérigo Volpette. En 1894, preocupado por



cómo reducir la pobreza de los hogares de los *pasementiers* (artesanos que hacían cordones y trenzados) y de los mineros de Saint-Etienne en paro, y viendo que no era suficiente con la organización de “comidas populares”, tuvo la iniciativa de arrendar un solar de dos hectáreas a un agricultor, cerca de la estación del ferrocarril, y acondicionar allí una treintena de huertos (*jardins*) para producir alimentos.

No hay duda de que el padre Volpette conocía la existencia de una iniciativa similar protagonizada por el abad Gruel, cura de Oignis (Pas-

de-Calais), quien veinte años antes había logrado convencer al señor del lugar para que dividiera una parte de sus tierras en pequeños lotes para crear *jardins à bon marché* (huertos a precios baratos). Esta iniciativa le valió una medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1878.

La revolución industrial estaba provocando una descomposición del tejido social en Francia y en otros países europeos. El 15 de mayo de 1891, el papa León XIII fija la doctrina de la Iglesia respecto a la “cuestión social” en su encíclica *Rerum Novarum*, en la que el pontífice hace un llamamiento a la conciencia de los católicos.

En 1893, el escritor Emile Zola publica el libro *L'histoire naturelle social d'une famille sous le Second Empire* (*Historia social de una familia bajo el Segundo Imperio*), que será la saga en veinte volúmenes de la familia Rougon-Macquart. Esta serie de libros abrirá el debate sobre la situación social de la clase obrera, que pasará a formar parte de la agenda política francesa.



La Ligue Française du Coin de Terre et du Foyer

Es en ese contexto que un abad, llamado Lemi-re, abandona en 1893 sus funciones en el seminario de Hazebrouck, donde enseñaba filosofía, latín, griego..., y retórica, para dedicarse a la actividad política dirigiéndose a los más necesitados. Tenía entonces 40 años de edad. Es elegido diputado, convirtiéndose en la “sotana más popular de Francia”. Desde su escaño parlamentario, que mantendrá durante 35 años, lanza en 1896 a gran escala el programa “jardins ouvriers” y crea la *Ligue Française du Coin de Terre et du Foyer* (LFCTF).



El abad Lemire se convierte en el adalid, convencido y convincente, de una nueva doctrina: el *terrianisme*, que proponía como solución a los males sociales de la época dar a cada obrero una parcela de tierra destinada al autoconsumo y el abastecimiento de alimentos de su familia. El movimiento del *terrianisme* estaba en sintonía con la doctrina del catolicismo social de la época marcado, como se ha indicado, por la encíclica *Rerum Novarum*. Con ello se reivindicaba para los obreros más necesitados la posesión de una “pequeña propiedad de tierra inalienable”. Se que-

ría hacer de la cabaña y del huerto el sustitutivo de la “casa de campo” inaccesible a las familias más modestas.

En los documentos parlamentarios de la época (por ejemplo en la proposición de ley sobre *Le bien de famille* de 18 de julio de 1894) se podía leer lo siguiente: “Los hombres que no tienen ni lumbre para calentarse ni lugar para cobijarse, ni están ligados a una profesión, ni tienen arraigo con la tierra, llegan más fácilmente que otros a no tener ni fe ni ley. Ellos van errando por el mundo, víctimas de la ley de la oferta y la demanda,



dirigiéndose fatalmente a las grandes urbes donde les espera la desilusión y la desesperanza”. La LFCTF del abad Lamire reposaba en dos pilares: la tierra y el hogar. Se trataba de ir en ayuda de los más pobres y defender los valores de la familia.

En 1907, la LFCTF está ya implantada en 63 departamentos franceses (equivalentes a nuestras provincias), y en 1909 la región del Norte, feudo del abad Lemire, se sentía orgullosa de tener ya 6.500 “jardins ouvriers”. El abad inaugura incluso huertos de este tipo en pleno corazón

de París: en el barrio de Valmy, en la calle Vergniaud, en la calle Nationale, en la avenida de Choisy, en el bulevar Brune, en la calle Mirabeau, en la calle de la Solidarité, en la calle de Pyrénées... La región parisina no es la única en acoger estos pequeños huertos, ya que también se extendieron por Issy-les-Moulineaux, Saint-Mandé, Charenton, Sceaux, Maisons-Alfort, Levallois-Perret, Ivry...

“Ustedes no tienen ni idea de lo que nosotros aprovechamos...”, declaraba el abad Lemire en 1911. “Utilizamos los rincones más abandonados, los desechos, las cosas que nadie quiere..., nuestra osadía y atrevimiento nos hacen sentirnos felices, ya que de diez veces que lo intentamos, en nueve conseguimos lo que nos proponemos”.

Auge y decadencia

El momento de esplendor de los “jardins ouvriers” se produce el 20 de octubre de 1912, cuando el presidente de la Cámara de Diputados, Paul Deschanel, visita los *jardins* de Ivry. El 27 de julio de 1913 es el propio presidente de la República, Raymond Poincaré, quien honra esos lugares con su presencia. Todos los grandes diarios de París relatan el acontecimiento en sus crónicas. La revista *Gaumont* no se queda atrás.

No obstante, nacida de la doctrina social de la Iglesia católica, la iniciativa del abad Lemire se va liberando poco a poco de la influencia religiosa que alumbró sus primeros pasos. En julio de 1916, el ministro de Agricultura, en plena Primera Guerra Mundial, encarga a la LFCTF que distribuya una subvención pública para promover la creación y extensión de este tipo de *jardins* (huertos), pensando en el papel que podrían desempeñar en la producción de alimentos. La utilidad alimentaria de los “jardins ouvriers” es así reconocida por los poderes públicos, deseosos de hacer frente al problema del abastecimiento en tiempo de guerra. La subvención concedida a los parcelistas, bajo la forma de semillas y aperos de labranza, será mantenida en los años siguientes.

Bajo la III República es incontable el número de personas que apoyan y patrocinan a los “jardins ouvriers”. El dramaturgo Edmond Rostand, el poeta François Coppée, el antiguo presidente de la República Casimir Perier, el arzobispo de París, el director de la *Assistance Publique* (entonces violentamente anticlerical), el inspector de policía Louis Lépine, el mariscal Lyautey, el doc-





▼
El huerto es un espacio para compartir, un lugar de convivencia, un universo íntimo que nos traslada a los espacios más recónditos de nuestra vida. El “jardin ouvrier”, ya convertido en “huerto urbano/familiar”, permite apreciar la maravilla que representa el mundo de los seres vivos

tor Calmette (pionero en el descubrimiento de la vacuna contra la tuberculosis)..., son los nombres de algunas personalidades que patrocinaron estas iniciativas.

El 11 de julio de 1926, la LFCTF celebra su treinta aniversario con gran pompa y boato. El acto comenzó con una manifestación en los Jardines de Luxembourg, presidida por el presidente del Senado y el presidente de la República, Gaston Doumergue. Le siguió una sesión solemne en el gran anfiteatro de la Sorbonne, con tambores y banda de trompetas de la Guardia Nacional Republicana. Francia tenía entonces 56.000 “jardins ouvriers”.

El 6 de octubre de 1926, el abad Lemire da luz a la *Office International du Coin de Terre et de Jardins Ouvriers*, que agrupaba a experiencias similares de Alemania, Austria, Bélgica, Gran Bretaña, Luxemburgo y Suiza. En 1927, siete nuevos países se unen a esta organización internacional: Finlandia, Irlanda, Italia, Países Bajos, Polonia, Suecia y Checoslovaquia. El abad Lemire muere en 1928 en el momento de máximo esplendor de una obra que todo el mundo aclamaba.

En 1936, los obreros en huelga, apoyados por el Frente Popular, llegan a compensar su falta de medios económicos gracias a los alimentos producidos en los “jardins ouvriers”. A lo largo de la Segunda Guerra Mundial, durante el gobierno de Vichy, son de nuevo honrados con el apoyo y el reconocimiento de los poderes públicos franceses. El secretario de Estado para la Agricultura y el Abastecimiento concede permisos de utiliza-

ción de las tierras y distribuye parcelas entre los obreros, asignando incluso consejeros técnicos para una buena utilización de semillas y fertilizantes. En ese periodo, el propio mariscal Petain (a la sazón, presidente de la República de Vichy) no es insensible al discurso en favor de la tierra y de los valores de la familia que representan los “jardins ouvriers”, afirmando en una de sus intervenciones públicas que “cuando un erial es cultivado, renace un trozo de Francia”.

Sin embargo, los años posteriores a la finalización de la Segunda Guerra Mundial no serán favorables a los “jardins ouvriers”, ya que lo urgente

era la reconstrucción de la economía francesa, y lo prioritario resolver el problema de la vivienda. En ese contexto tan desfavorable, muchos *jardins* desaparecerán sepultados en el asfalto y el hormigón.

El renacer de los “jardins ouvriers” bajo la forma de los “huertos familiares”

Con el retorno del crecimiento económico (durante el periodo llamado de los “Treinta Gloriosos”, que comprende los años 1950-1980) y el aumento demográfico de posguerra, la población francesa recupera el gusto por los huertos, que dejan de ser “obreros” para convertirse en “familiares”, siendo beneficiarios todo tipo de personas, fueran o no de extracción obrera.

El huerto en la ciudad (huerto urbano) hereda así el legado de los antiguos “jardins ouvriers”, siendo percibido, no obstante, desde diversos sectores de la población como algo extraño al mundo moderno, como un anacronismo. La ciudad, se dice, no está hecha para el cultivo de los nabos y las calabazas; el acero y el hormigón no combinan bien con la producción de las judías. Se augura que las leyes económicas y el precio del suelo pronto se encargarán de meter en razón a los “jardins ouvriers”. El panorama no parecía, por tanto, favorable para este tipo de huertos urbanos.

Pero entonces se abre paso la idea de que los “huertos urbanos” son señal de modernidad y en-

▼
Mirar la tierra es contemplar el cielo. Alphonse Allais (célebre escritor y humorista francés de la segunda mitad del siglo XIX) proponía trasladar las ciudades a los campos. Estamos seguros de que más simple y más eficaz que eso sería expandir los huertos urbanos/familiares por el corazón de nuestras ciudades

cierran un proyecto de futuro. Se comienza a argumentar que el huerto urbano y familiar permite a su beneficiario autoafirmarse en su vínculo con la tierra, más allá de sus específicas referencias profesionales. El cultivo de las hortalizas comienza a percibirse como algo creativo en el sentido pleno de la palabra “creación”. Se ve al titular de los huertos urbanos como una persona pendiente de las estaciones, modelando el territorio y organizándolo. Se le ve, al mismo tiempo, como poeta y arquitecto, como una persona habilidosa con las manos, y también como un técnico cualificado. La cabaña del huerto se percibe como un hogar reconstituido, como un universo elegido, como un espacio de sociabilidad dentro de la ciudad, pero fuera del ambiente urbano.

Todo titular prudente y avisado de un huerto urbano es capaz de producir más de lo que consume. La tierra y el huerto son generosos, su titular también. Más que la lógica del intercambio se impone en los huertos urbanos la cultura del don y el intercambio entre vecinos, entre generaciones. El producto del huerto que se cultiva por gusto, por puro placer..., no tiene parangón con ninguna otra cosa.

El huerto urbano se valora, entonces, como un mundo en sí mismo donde se puede observar la evolución de una cochinilla o contemplar el vuelo de una mariposa. ¿Inútil? Quizá menos de lo que parece. El huerto es un espacio para compartir, un lugar de convivencia, un universo íntimo que nos traslada a los espacios más recónditos de nuestra vida. El “jardin ouvrier”, ya con-

vertido en “huerto urbano/familiar”, permite apreciar la maravilla que representa el mundo de los seres vivos. Se le sitúa muchas veces en el corazón de la plenitud personal, aunque esté situado en el centro de los impersonales entornos urbanos.

La estética de estos huertos urbanos es, no obstante, objeto de debate al igual que lo es el problema de los *barres HLM* (grandes bloques de viviendas de protección oficial) o el de los *banlieus pavillonnaires* (urbanizaciones residenciales en las áreas de extrarradio de las ciudades). Son temas apasionantes para los paisajistas, los urbanistas, los concejales de los ayuntamientos, los dirigentes del movimiento vecinal..., en un debate sobre lo que representan y sobre sus singularidades.

El huerto familiar/urbano es un elemento original, que tiene un valor social, cultural, económico innegable para la ordenación del tejido urbano. Es algo diferente de las “áreas verdes”, espacios tristemente monocordes a los que muchas veces se recurre para dar vida a las grandes moles de edificios impersonales.

El 12 de febrero de 1993, la ministra francesa de Medio Ambiente expresó el apoyo del gobierno a los “huertos familiares/urbanos” firmando con la LFCTF-*Federation Nationale des Jardins Familiaux*, la *Charte des Jardins Ouvriers, Familiaux et Sociaux*. Esta carta, adoptada por más de 350 asociaciones y colectividades locales, recuerda que los “jardins ouvriers” y los huertos familiares no han perdido su carácter de utilidad pública. En esa carta se precisa que “el desarrollo a veces anárquico de las grandes ciudades, la desertización de las zonas rurales y la aparición de nuevas formas de exclusión social hacen más necesario que nunca el rol de los jardines obreros y de los huertos familiares en tanto que equipamientos sociales... Lugares de encuentro e intercambio, de integración y de reapropiación de espacio de vida, constituyen equipamientos sociales imprescindibles para la armonía de la ciudad, y elementos fundamentales del paisaje francés”.

Mirar la tierra es contemplar el cielo. Alphonse Allais (célebre escritor y humorista francés de la segunda mitad del siglo XIX) proponía trasladar las ciudades a los campos. Estamos seguros de que más simple y más eficaz que eso sería expandir los huertos urbanos/familiares por el corazón de nuestras ciudades. ■

